

País Vasco: Perplejos y a la espera

Reflexiones de un ciudadano medio

Román Zulueta*

DESPUÉS de las últimas Elecciones Autonómicas de finales de octubre, el País Vasco vive evidentemente de otra forma. Acostumbrado a la tensión cotidiana por la violación siempre latente de su peculiar circunstancia, ha vivido, hasta hace unos días, una cierta calma que todos sus ciudadanos agradecen, unos con más optimismo que otros. Con todo, la tranquilidad nunca ha sido completa, pues quedaban muchos interrogantes sobre una «paz» equívoca y ambigua, que no significa lo mismo para todos. Además, se sigue pidiendo el impuesto revolucionario, los portavoces de EH no pierden ocasión de lanzar sombrías amenazas y los chicos de Jarrai cada tanto incendian una sucursal bancaria o dan sustos de muerte a algún concejal que no piensa como ellos. Quizás no es una paz de mucha calidad, pero es cierto que llevamos unos meses sin funerales en los que llorar, que no es poco.

* Periodista. País Vasco.

Pero, a partir del anuncio, ya en firme, por parte de los integrantes del actual pacto nacionalista de su objetivo de crear una Asamblea de Municipios, y del primer paso para ello, dado en la Reunión de Pamplona (6 de febrero), la incertidumbre y la perplejidad (eufemismos quizás no muy convincentes del miedo) se apoderan de nuevo del ciudadano medio, que se detiene a pensar con calma en medio de tantas mareas emocionales y remolinos melancólicos.

Resulta que hay muchas cosas que en estos momentos no cuadran en un horizonte pacífico. El «diálogo» y la «pacificación» son cosas buenas en sí y hace tiempo había que haberse metido por ese camino, pues llevamos un par de décadas de retraso. El mero hecho de que haya algún tipo de diálogo siempre es algo positivo y prometedor. Hablar siempre es bueno. Pero los partidos democráticos (vasquistas y españolistas) durante muchos años han temido el diálogo con el Movimiento de Liberación Vasco, como si dialogar fuera renunciar a lo razonable y a lo justo.

Por esa miopía y cerrazón, o por esa pereza y esos miedos políticos, o por los intereses creados de la industria contraterrorista o por otros nada despreciables maquiavelismos, ahora, lamentable e irónicamente, resulta que «la iniciativa de la paz» proviene del nacionalismo violento, afín a ETA. Y los demás partidos del panorama político van a remolque. Para colmo, un partido tradicionalmente democrático, humanista y fundamentado en valores cristianos, como el PNV, continúa su peligrosa aventura de adentrarse en proyectos políticos comunes junto con formaciones que han dado sobradas muestras de fascismo e, incluso, de nazismo y que no se arrepienten de ello.

Nos tememos que los nacionalistas democráticos se reduzcan, en esta nueva etapa que ellos mismos han saludado con gran entusiasmo, a ser meros comparsas en las iniciativas de otros que llevan la voz cantante. De hecho el PNV y EA ya están empezando a saber lo que es andar tras los representantes de EH por los pasillos del Parlamento Vasco. Todo muy preocupante. El gobierno de Aznar, aunque también a remolque en este proceso (aunque sea desde la pasividad del rechazo), parece actuar con sorprendente serenidad y se está anotando unos goles políticos que en su tiempo el de Felipe González fue incapaz.

Hay que reconocer gran creatividad política en toda esta maniobra de la izquierda *abertzale* y en el hecho de conseguir el apoyo del PNV y EA. Ya de cara a las Elecciones Autonómicas el nacionalismo radical actuó habilísimamente y no sólo se salvó de la hecatombe en las urnas sino que ganó peso político tras las votaciones. ETA estaba pasando un momento muy malo: importantes disidencias internas en las cárceles, duros golpes policiales y el

descrédito interno e internacional tras la refinada tortura a Ortega Lara y el absolutamente impopular secuestro con asesinato de Miguel Ángel Blanco en Ermua, que hizo reunir en muchas ciudades vascas imponentes y multitudinarias manifestaciones de rechazo popular.

El «espíritu de Ermua» era una seria amenaza para la víbora enroscada en el hacha. Este «espíritu», aunque debilitado por las rencillas partidarias de las principales formaciones políticas, siempre oportunistas, y por algunas torpezas cometidas desde Madrid, siempre lento o anquilosado para entender y manejar el problema vasco, sigue todavía vivo, especialmente en ambientes intelectuales. Frente al «espíritu de Ermua» (pacto entre demócratas, vasquistas y españolistas) se construyó con inteligente política el «espíritu de Lizarra» (pacto entre nacionalistas, democráticos y fascistas). La oferta de diálogo y paz de Lizarra fue el «nuevo look» que salvó a tiempo no sólo a HB, sino también al PNV, de un considerable bajonazo electoral. Y el nuevo cebo político para una sociedad angustiada.

Los cebos están hechos de cosas buenas. Los comienzos u objetivos pueden ser buenos, pero los medios y fines pueden llegar a ser lamentables. Tanto más cuanto que en política las promesas poco valen y no hay escrúpulos. Este pesimismo sería irresponsable en estos momentos si no se diesen serios y fundados motivos para la sospecha.

Sospechas y sospechosos

¿CUÁNTO durará el pacto nacionalista? ¿Quién engañará a quién? ¿El Partido Nacionalista Vasco y sus socios a Euskal Herritarrok y los suyos? ¿O viceversa? PNV y EH son suficientemente distintos para que su actual luna de miel no sea sino una bomba de relojería. Antes o después llegará la crisis, el estallido, y será algo muy conflictivo y doloroso para el pueblo, nacionalistas y no nacionalistas.

¿Podrá el PNV desandar el camino y salir del callejón sin salida en que se ha metido, sin quedar seriamente deteriorado por el descrédito interno y externo? ¿Perderá sistemáticamente electorado de talante centrista y democrático? ¿Correrá peligro de una nueva escisión? ¿Su alianza con las fuerzas no democráticas y violentas supone el principio del fin del partido fundado por Sabino Arana? ¿Cicatrizarán fácilmente las viejas rivalidades entre las vacas sagradas de EA y el PNV, partidos hermanos y separados por pura vanidad de sus dirigentes (¡qué bien les vendría una buena renovación en sus respectivas cúpulas!)?

¿Pedirán perdón quienes han asesinado fría y brutalmente en contra no sólo de cualquier derecho elemental sino hasta de la Convención de Ginebra para tiempos de guerra? ¿Se hará justicia a las víctimas del terrorismo? Todavía son demasiadas las amenazas (cartas de chantaje de ETA a empresarios e intimidaciones de Jarrai a políticos de partidos no nacionalistas) para poder hablar en serio de que se quiere construir la paz. El ciudadano medio no se lo cree, mientras no desaparezcan estos métodos fascistas. Y las amenazas a los Medios de Comunicación confirman este talante nazi de los extremistas. Los nacionalistas democráticos no logran, por más que lo intentan, un consenso en el seno de EH para que se condene explícitamente la violencia. No es fácil que esto suceda, pues, sin el recurso a la violencia, se acabaría la unidad de la coalición radical.

La Europa unida de comienzo del siglo XXI ¿permitirá en su seno que se resuelvan los problemas políticos con este tipo de métodos tercermundistas o mafiosos de coacción, amenazas y violencia? Los empresarios, que saben bien que no existen «independencias económicas», ¿volverán a pensar en emigrar de Euskadi? La espada de Damocles está siempre apuntando al trabajo, al progreso y al bienestar.

Los gobiernos de Madrid y los partidos estatales ¿darán en sus discursos y presentaciones una imagen más positiva del pueblo vasco, de sus derechos y tradiciones, a unas generaciones que o aprendieron la geografía e historia oficial del franquismo o pasan de todo? ¿Seguirán insistiendo una y otra vez en que todo nacionalismo es malo (menos el «nacionalismo español», por supuesto)? El PP y el PSOE ¿sabrán estar a la altura necesaria para resolver esta maraña política y ofrecer propuestas sustanciales para que los vascos lo puedan ser con todas sus consecuencias hasta donde democráticamente se pueda llegar en la Europa unida y solidaria del siglo XXI? ¿Los partidos democráticos españoles son capaces de tener una auténtica amistad política con los partidos democráticos vascos? Recordemos el rechazo visceral y las acusaciones continuas que los gobiernos y la prensa de Madrid, franquistas o no, siempre han dedicado al PNV...

Digamos, de paso, que echar demagógicamente más leña al fuego en este ambiente de animosidad actual (comprensible por tanto sufrimiento gratuito, por una parte, pero injusta, por reduccionista, por otra), que reina en España contra «los vascos», no ayuda nada a solucionar problemas. Al revés, favorece a los extremistas del MLNV, «asesores de imagen» del terrorífico nuevo *look* del vasco (en el que de ninguna manera se reconocerían los *gudaris* que murieron en la guerra) y cuyo discurso se basa en que nunca habrá la suficiente comprensión y aceptación del modo de ser éuskaro y de

las tradiciones, reivindicaciones y aspiraciones vascas por parte de España y del centralismo madrileño.

Sólo los españoles, que tienen amigos vascos o que viajan y conocen esta parte del mundo, saben bien de sus virtudes tradicionales y que éstas no se corresponden con las características de un terrorista (que son ápatridas e iguales en todo el mundo), incluso comprenden que a veces, sobre todo en los pueblos pequeños, la gente calla por miedo y no se atreve a hablar, o cierra sus tiendas y bares adhiriéndose a manifestaciones que aborrecen. También sucedía esto en tiempo de Franco. En todos los fascismos se repiten las mismas situaciones.

Finalmente, sin duda el nacionalismo radical va a presionar con sus constantes exigencias. ¿Cuándo se contentará? ¿En qué puntos o cambios quedará el acuerdo final de la soñada paz definitiva? Esta tregua vigilada, en que ETA se reserva el derecho de volver a las armas, ¿se trata de una maniobra para ganar tiempo y reorganizarse entretanto? Ahora se pide una nueva institución vasca «unitaria», para unos algo que está fuera de la Constitución y para otros algo legítimo y democrático. ¿Cuál es el siguiente paso?

Dada la casi total división de los vascos en materia de nacionalismos, ¿está garantizado un fundamental respeto mutuo, así como a los derechos elementales y a las leyes democráticas? El lehendakari Ibarretxe afirma, conciliar, que «es perfectamente legítimo que haya vascos que consideren a España como su país». Pero sus socios provocan no sólo en la calle sino con un refinado cinismo en el Parlamento Vasco proponiendo, por ejemplo, al etarra Josu Ternera, convicto y confeso, como su representante en la Comisión de Derechos Humanos.

Solamente una cuarta parte de los alcaldes vascos ha respondido a la iniciativa de crear una Asamblea de Municipios. Esto significa una nueva tensión y lucha en las Elecciones Municipales de junio y en los posteriores pactos, en los que el PNV tendrá que devolver favores a EH por sus apoyos en el Parlamento.

Como se ve, hay motivos para que el ciudadano medio vasco no las tenga todas consigo.

Mañana, ¿la paz?

ESTÁ claro que en Euskadi hay dos polos opuestos y bien definidos. Conviene que los demócratas de ambas sensibilidades no se duerman. Están en juego la democracia y la libertad. Francotiradores fanáticos los hay en todas partes. Pero más inquietante es un fuerte

apoyo popular a propuestas ambiguas, pues los radicales violentos, que militan en una de las dos mitades, nunca han hablado de dejar las armas, y su diálogo, por ahora, sigue con metralleta en mano, modo convincente o disuasorio de negociar (o «dialogar») propio de cualquier mafia de cualquier continente.

Tampoco han renunciado explícitamente a su proyecto de una sociedad marxista (incluso antes que vasca, según declaraciones de algunos portavoces significativos). Las jóvenes generaciones no saben lo que es un gobierno fascista del signo que sea, con su partido único, su policía represiva, sus comisarios políticos, el ambiente de delación, la falta de libertad de opinión y reunión...

Salvaguardar la democracia y la libertad es una obligación anterior a la defensa de la unidad o a la liberación de cualquier país o cualquier nación, entes y contingentes al fin y al cabo. Los fanatismos los hacen absolutos y justifican lo injustificable.

La tregua sincera y completa, el adiós a las armas definitivo y explícito por parte de ETA sí devolvería la ilusión a un pueblo, el interés por el diálogo a todos los políticos (para tratar en serio y con garantías, entre otras cosas, del acercamiento de los presos al País Vasco) y ese bienestar que es la convivencia pacífica, que no la dan pactos forzados o el mero desarrollo económico. Los demócratas no deben ir a remolque en la construcción de la paz. Tienen que adelantarse con ideas y propuestas.

Hay que subrayar y rendir homenaje a la callada y silenciosa labor del movimiento *Gesto por la paz*, que antepone la dignidad del hombre y la defensa de la vida a cualquier militancia o ideología. Por eso sus miembros y simpatizantes quedan relegados en segundo plazo y se les escucha menos de lo que convendría en un proceso de construcción de la paz. Pero este ejemplo es importante y educativo en nuestro conflictivo ambiente. Sus integrantes siempre han salido a la calle protestando por la muerte y contra la violencia, venga de donde venga. Ver a estos ciudadanos y ciudadanas en calles o plazas, firmes y protestando en silencio contra todo tipo de crímenes, tanto los de Euskadi como los cometidos en Sevilla o en cualquier otro sitio, y recibiendo frecuentemente y con entereza las agresiones e insultos de los radicales, es un motivo para seguir esperando y creyendo.

Y también cuando se ve y se oye a las víctimas del terrorismo que saben perdonar, para que cese así la espiral de violencia. Sólo falta escuchar que «se pida perdón». Es de justicia. Son pocos los arrepentidos y mucho el sufrimiento causado a tantas personas y familias. Son pocos los que reconocen sus errores y mucha la basura que en las últimas décadas se ha echado sobre la imagen de este Pueblo Vasco, en otros tiempos admirado y respetado en los cinco continentes.